

Lo que hace Foucault con las palabras

What Foucault does with the words

Rodrigo Castro Orellana

Resumen

El artículo reflexiona sobre las características específicas de la operación que Foucault realiza con las palabras. En tal sentido, se describe no solamente la singularidad del estilo que imprime Foucault a sus textos, sino también su concepción de la tarea de la escritura y su idea acerca de lo que significa pensar. Dentro de este marco, emerge como cuestión clave la discontinuidad y la búsqueda de una subversión de los rendimientos del dispositivo de la identidad en la producción de discursos.

Palabras clave

Discontinuidad, autor, pensamiento, experimento, transformación.

Abstract

The article reflects on the specific characteristics of the operations Foucault carries out with words. In that sense, it describes not just the singular style that Foucault imparts to his articles, but also his concept of the function of writing and his idea about what it means to think. Within this framework, discontinuity and the search for a subversion of the result of the mechanism of identity in the production of discourse, are a key question which arises.

Keywords

Discontinuity, author, thought, experiment, transformation.

Rodrigo Castro Orellana

Universidad Complutense de Madrid

Doctor en filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y profesor del Departamento de Historia de la Filosofía, Estética y Teoría del Conocimiento de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Fundador y Director Ejecutivo de la Red Iberoamericana Foucault. Director de la Revista de Estudios Foucaultianos "Dorsal".

rodrigocastro@filos.ucm.es

*“Un mystère nouveau chante dans vos os.
Développez votre étrangeté légitime”.*
René Char, *Fureur et Mystère*.

Hay un nuevo escritor que se lee en la ciudad. Circulan rumores por las calles respecto a él, se escuchan murmullos en las esquinas. Nadie parece comprender muy bien en qué consiste su trabajo con las palabras. Los eruditos lectores se esfuerzan en darle un nombre a lo que hace y los bibliotecarios se desesperan tratando de resolver en qué estantería situar los libros de este extraño autor. Algunos abogan por llamarlo «historiador», otros por calificarlo como “filósofo”.

¿Quién es Foucault? No es fácil responder a esto cuando se atiende a la infinidad de descripciones contrapuestas que se han hecho de él. Foucault ha sido para algunos un pensador estructuralista pero también un defensor de lo irracional. El más importante heredero de Nietzsche en el siglo XX y para otros un autor seducido por el neoliberalismo. A veces un filósofo estoico, en otras oportunidades un provocador filósofo cínico. Quizás en ciertos momentos un escribano de la dominación o tal vez un militante de toda causa que suponga una forma de lucha. Según muchos, un profeta de la sociedad carcelaria y de acuerdo a algunos menos, un asceta del cuidado de sí.

Como si se tratase de un espejo que ha estallado en mil pedazos, la imagen de Foucault se quiebra en múltiples rostros que animan los debates intelectuales de la academia y los bostezos filológicos de las monografías. Pero no nos equivoquemos: el verdadero problema no está aquí en la dificultad de los retratos, en la imposibilidad de definir eso que hace Foucault con la escritura. La fugacidad de Foucault no reside en nuestra miopía analítica, sino que emerge como el síntoma de una materialidad difusa que de algún modo le pertenece.

Hay algo que palpita en el cuerpo del texto, una fuerza epidérmica que subvierte toda categorización clínica. El texto se resiste a ser leído como una realidad acabada y se reinventa sucesivamente a lo largo de los años en entrevistas, cursos y conferencias. Las palabras se entregan a una precariedad que permite su reconstrucción sucesiva como si estuviésemos frente a un caleidoscopio interminable de letras.

No se trata de una patología o de un accidente. Este cuerpo de la escritura quiere su propio devenir inestable. Ahí tenemos el ejemplo de la *Historie de l’Folie*, publicada en 1961, pero reescrita en los años setenta como una analítica del poder y más tarde como un estudio del modo de auto-subjetivación del loco.

También podemos citar la célebre imagen de la “caja de herramientas”. No solamente como una forma de entender el trabajo teórico de crítica de las relaciones de poder, sino sobre todo como una especie de protocolo para una lectura heterotópica. Hay que buscar pistas de investigación, capturar ideas o esquemas provisionales, seleccionar líneas de puntos que desconocemos a dónde pueden conducirnos, elegir instrumentos e inventar usos novedosos de los mismos. Todo esto es lo que podemos hacer con las polimorfías herramientas que nos ofrece la escritura de Foucault.

Porque al pensador francés le interesa precisamente esta apertura del texto, una proliferación del sentido que socave cualquier intento de imponerle alguna ley. Esto es lo que explica que cuando Foucault se ve conducido a interpretar el sentido general de su obra, ensaye diversas constelaciones como si deseara ilustrar una polivalencia de posiciones que no admite la pretensión de decir “la verdad de la obra”.

Estamos ante un estilo específico y particular de pensar en donde se escribe para perder el rostro y entregarse a la eventualidad de ser transformado por nuestra propia reflexión. Es a lo que Foucault se refiere en una entrevista de 1978 con Trombadori:

(...) los libros que escribo constituyen para mí una experiencia que deseo hacer siempre lo más rica posible. Una experiencia es algo de lo que se sale transformado (...) Si tuviera que escribir un libro para comunicar lo que ya he pensado, nunca tendría fuerzas para comenzar. Yo escribo porque no sé aún qué pensar acerca de un tema que despierta mi interés (...) Al hacerlo, el libro me transforma, cambia lo que pienso; en consecuencia, cada nuevo trabajo modifica profundamente los términos de pensamiento a los que había llegado con el anterior. En este sentido, me considero un experimentador, más que un teórico, no desarrollo sistemas deductivos que se apliquen de manera uniforme a diversos ámbitos de investigación. Cuando escribo, lo hago sobre todo para cambiarme a mí mismo y no pensar lo mismo que antes (FOUCAULT, 2010, p. 42).

Si la fenomenología ha tratado de captar el significado de la experiencia cotidiana para reafirmar el carácter fundador del sujeto o del yo; en Foucault, por el contrario, la experiencia tiene por propósito arrancar al sujeto de sí mismo, haciendo que deje de ser tal, o que sea algo completamente otro de sí, que llegue a su anulación o a su disociación.

Este sentido de la escritura como experiencia de la discontinuidad permite comprender el rechazo de Foucault a situarse en el interior de categorías como las de autor u obra. Estas últimas funcionarían en el interior de los discursos ejerciendo una función de clasificación, agrupación, delimitación y exclusión de los mismos. El nombre de autor le da un modo de ser al discurso en que éste deja de ser una palabra efímera y salvaje para convertirse en una propiedad que contiene la responsabilidad de la identidad del que habla.

Queremos saber quién habla o quién firma un texto porque de esa manera se conjuran los mayores peligros del pensamiento y todo se ve envuelto en la excavación superficial de un trabajo hermenéutico que no sabe otra cosa más que ordenar. Es la pasión del entomólogo que atraviesa con su alfiler al espécimen para luego buscar su sitio y su nombre en el insectario.

Aquí lo que se persigue es evitar la dispersión, el horror vacui del anticuario que colecciona interpretaciones. Todo ello es la atmosfera inevitable en que circulan nuestras ideas porque realmente nunca hemos aprendido a pensar desprovistos de narcisismo. Sin embargo, el sueño íntimo de Foucault reside en derogar este imperativo. Su filosofía puede entenderse como un acto premeditado que persigue cubrir el nombre «Foucault» de un velo de anonimato o de una multiplicidad de sentidos que dificulten la intervención de la función autor.

Hay momentos en que Foucault expresa esta intención de un modo muy directo, como por ejemplo en *L'archéologie du savoir* cuando afirma: "No me pregunten quién soy, ni me pidan que permanezca invariable" (FOUCAULT, 1970, p. 29). En otras ocasiones, el deseo de que su rostro se borre puede deducirse de lo que piensa respecto a la forma en que cabría analizar a un determinado pensador. En ese sentido, podría aplicarse al propio Foucault lo que éste dice sobre Marx:

Marx para mí no existe. Quiero decir que no existe esa especie de identidad que se construyó en torno a un nombre propio, y que se refiere en ocasiones a un cierto individuo, otra veces a la totalidad de lo que escribe, o también al inmenso proceso histórico que deriva de él (FOUCAULT, 1994a, p. 38).

¿Estamos dispuestos a asumir que el autor Foucault realmente no existe? Es difícil estar seguros de lo que se puede responder frente a esta pregunta. Lo único claro es que el propio Foucault intentaba conquistar un difícil anonimato y que hizo esfuerzos denodados para conseguirlo. Por ejemplo, cuando escribió con el seudónimo de Maurice Florence, una sección referida a su propia obra, para el *Dictionnaire des philosophes*, o cuando en 1980 concedió una entrevista anónima a *Le Monde* titulada *Le philosophe masqué*.

En este último texto, fascinante y misterioso, el filósofo anónimo justifica su ocultamiento:

(...) por nostalgia del tiempo en el que, siendo yo completamente desconocido, lo que decía tenía alguna probabilidad de ser escuchado. Con el lector eventual, la superficie de contacto carecía de arrugas. Los efectos del libro repercutían en lugares imprevistos y dibujaban formas en las que yo no había pensado (FOUCAULT, 1994b, p. 104).

La lectura, entonces, también tendría vigilancia y castigo. Algo de lo cual el filósofo enmascarado pretende huir restaurando una relación directa con ese lector al que Baudelaire llamaba hipócrita, prójimo y hermano. Una nueva zona de contacto tendría que nacer, un cuerpo a cuerpo sin límites ni fronteras. La instancia sublime de las máscaras que nos desplazan del único rostro al rostro de lo uno. Ahí, en ese territorio inexplorado el lector no sabría nada del autor, no tendría la tentación de buscar las razones por las que un sujeto dice aquello que se lee. No cabría más opción que dejarse ir, abandonarse en un juego peligroso con la verdad, hasta ser conducido a tener uno mismo que decidir si lo que se dice es cierto o si es falso, si nos gusta o nos disgusta.

Con todo esto, no pretendemos relatar una anécdota menor de la vocación intelectual de Foucault. Por el contrario, creemos que esta búsqueda del anonimato posee un vínculo íntimo con las transformaciones que atraviesan la totalidad de su pensamiento. La tarea no residiría en conocerse a sí mismo, sino más bien en dejar de ser aquello que se nos impone que seamos. Esta sentencia anti-délfica determina todas las fugas de Foucault, todas las empresas de un rostro en devenir.

Desde este punto de vista, podría decirse que todos los escritos de Foucault son un conjunto continuado de transformaciones, en donde a cada instante él emerge en otro lugar distinto a aquel en el cual se le esperaba, sorprendiéndonos con su risa filosófica. Sin lugar a dudas, se requiere de una cierta destreza para escuchar estas carcajadas de nuestro filósofo entre los reglones de su escritura. Se necesita de una lectura irónica que sepa reconocer las grietas que se abren en un texto con el objetivo de que caigamos en ellas. Podemos imaginarnos cuánto se ha divertido probablemente Foucault imaginando nuestras caídas, como si fuese una muchacha tracia que registra por escrito las distracciones de Tales.

Nadie ha sabido explicar mejor que Deleuze este juego. Según él, Foucault sorprende a sus lectores porque su pensamiento es “una línea quebrada cuyas orientaciones diversas testimonian acontecimientos imprevisibles, inesperados” (DELEUZE, 1995, p. 139). Su pensamiento se halla movilizado por intentos permanentes de reelaboración en los que se trata de pensar de otro modo lo que ya se había pensado, de intentar una nueva forma de percepción sobre algo. No existe en absoluto la estabilidad tranquilizadora del sistema.

Todo esto recuerda aquella historia relatada por Defert, de acuerdo a la cual pareciera que Foucault tenía la costumbre de escribir dos libros sobre un mismo tema. El primero recopilaba todos los datos y todo lo que se había

dicho respecto a un asunto. El segundo, por el contrario, era un trabajo de deconstrucción radical que perseguía conquistar una perspectiva inédita sobre el problema. Una tarea crítica que no solamente afectaba a las doctrinas consolidadas, sino también a los propios textos de Foucault que ahora se veían socavados o sometidos a necesarias rearticulaciones.

Deleuze habla de un pensamiento en devenir que transita por diferentes crisis o conmociones como parte de su desplazamiento creativo y como manifestación de una coherencia interna hecha de desgarraduras. No se puede identificar una evolución o un progreso en esta trayectoria porque los escritos de Foucault serían como placas tectónicas inestables. Su movimiento puede calificarse, entonces, como telúrico.

Sólo un sismógrafo podría dibujar el espesor subterráneo de la sucesión de dimensiones que traza y explora la investigación foucaultiana. No es posible, por tanto, diseccionar la obra para estudiarla con la lupa de las etapas o los períodos, como se ha pretendido muchas veces. Habría que acoger el gesto de la escritura en su totalidad puesto que aquello que en un momento pudo parecer un desvío o un aspecto secundario, debe ser interpretado como una instancia necesaria para proseguir el experimento.

Hay una fotografía que muestra a Foucault dictando clase en el Collège de France a media luz, con una botella de agua, y que alguien rotuló como “El alquimista”. Es una magnífica imagen puesto que efectivamente hay algo de artificiero en nuestro filósofo, en tanto que maneja y combina materiales explosivos, corre peligros en su exploración química de los conceptos, descubre inesperadas aleaciones de los minerales. En este taller del pensamiento no tiene sentido hablar de épocas, de un plan o un diseño preestablecido, de renunciaciones o contradicciones.

El taller no es un lugar donde el investigador busca comprobar lo que ya sabe de antemano, sino un espacio donde exponerse a lo inesperado. Nada más alejado, por ende, de la idea proyectiva de la filosofía como una actividad que recorrería un camino desde su origen hasta su fin, avanzando en la realización y la apropiación de lo buscado.

Es precisamente a esto a lo que se refiere en un fragmento decisivo de su *Historia de la Sexualidad* y que Deleuze leerá en voz alta ante los amigos del filósofo cuando el fétetro de Foucault abandone el Hospital de la Salpêtrière: “¿Qué es la actividad filosófica si no el trabajo crítico del pensamiento sobre sí mismo? ¿No consiste, en vez de legitimar lo que ya se sabe, en emprender el saber cómo y hasta dónde sería posible pensar distinto?” (FOUCAULT, 1986, p. 12).

Aunque la tradición ha recurrido muchas veces a la metáfora arquitectónica, ésta solamente recrearía las utopías del pensamiento, no su visceralidad existencial. El pensamiento sueña con edificios, fundamentos y estructuras que se eleven hasta el cielo, construcciones sólidas y sin porosidad alguna. Pero las ideas son sanguíneas y no están hechas de hormigón armado. Por eso, la fluidez del pensamiento se aproxima más a la metáfora del médico que ausculta los ritmos internos de la vida.

El filósofo como médico de la cultura, escribía el intempestivo Nietzsche. Algo que conocía muy bien Foucault y que seguramente inspiró su descripción de la ontología del presente como una filosofía del diagnóstico. Una crítica de los límites históricos que determinan lo que decimos, hacemos y pensamos, explorando la posibilidad de una transgresión de los mismos. La filosofía que diagnostica el presente no es el diseño de un sistema teórico y universal, sino una experiencia directa que atraviesa al cuerpo.

Esto no significa que no podamos captar la unidad de un gesto o de un estilo que se imprime en la reflexión filosófica de Foucault. Este se caracterizaría por el ensayo, prueba modificadora de sí mismo en el juego

de la verdad, en cuyo ejercicio “se ventila saber en qué medida el trabajo de pensar su propia historia puede liberar al pensamiento de lo que piensa en silencio y permitirle pensar de otro modo” (FOUCAULT, 1986, p. 12).

De tal suerte que hay una totalidad que acoger en Foucault, no aquella que minimiza las discontinuidades de su pensamiento, sino la que entiende su praxis filosófica como un experimento. Frédéric Gros describe este devenir como una “espiral hermenéutica” (GROS, 2002, p. 487), es decir, como un tipo de análisis que gira sobre sí mismo en una tarea de reelaboración constante. Si esto es así tendríamos que asumir que cada libro de nuestro filósofo no solo implica la apertura de una línea de investigación, sino un ejercicio de reflexión y reescritura sobre lo impensado en sus textos precedentes. Así el libro se convierte en un material en permanente recreación.

No obstante, ¿qué relación existe entre este quehacer interminable de reconfiguración y ese silencio que piensa el pensamiento? Foucault siempre estuvo fascinado por el límite. En sus trabajos arqueológicos pretendía identificar la regularidad de una dispersión discursiva, lo que significaba dibujar una línea que separase aquello que pertenece a un determinado orden de lo que permanece como su exterioridad. La arqueología de las ciencias humanas – que se expone en *Les mots et les choses* – es un buen ejemplo de esta historia de los límites, de su singular emergencia y su misterioso desplazamiento.

En cada uno de los momentos de dicha historia, existe un límite que opera como condición de posibilidad de lo que se enuncia y como frontera entre lo pensable y lo impensable. Por tanto, no cualquier cosa es pensable en cualquier momento de la historia. O dicho de otro modo, todo discurso está perfilado por un límite que contiene al mismo tiempo su sentido y la zona de su eventual disolución.

El discurso psiquiátrico encuentra su condición de posibilidad en la idea de la enfermedad mental, pero con ello también se establece lo que resulta impensable para este saber y, por ende, el lugar específico de su caducidad. Reducir la locura a las categorías patológicas hace posible un estilo de conocimiento que siempre estará expuesto a ese rebasamiento que contiene el gesto trágico del loco. Se trata del fracaso de una ciencia que no asume su contingencia y que se ve interpelada por la palabra de la locura en el arte, la literatura o la filosofía.

De tal modo que todo límite es una forma de configurar una precaria interioridad discursiva y de crear al mismo tiempo un afuera salvaje y desestabilizador. Por esta razón resulta tan significativo que en *Las palabras y las cosas* todas las discontinuidades epistémicas sean anunciadas por alguna modalidad de experiencia literaria que implica de uno u otro modo a la locura.

La delirante búsqueda de similitudes entre la novela y lo real que emprende Don Quijote sirve como testimonio de un mundo en que las palabras se han separado de las cosas. La obsesión de Sade por representar y clasificar cada uno de los actos de un cuerpo desmesurado en su deseo, nos muestra cómo se fractura el cuadro de la episteme clásica. El loco que enciende una lámpara al mediodía y que anuncia la muerte de Dios, hace pensable el borrado del hombre como un rostro de arena dibujado en la playa.

Así parece que todo pensamiento establece una singular danza con lo impensado o, para decirlo de otro modo, que todo pensamiento está lastrado por una finitud insuperable. Todo lo que pensemos, con independencia de su rigor o su belleza, será destruido por el tiempo que impondrá otro pensamiento que ya no será el nuestro. Foucault conocía muy bien este secreto que nos interpela en la misma medida que nos seduce. Es el abismo de esa verdad que jamás habitaremos, pero también la

fascinante percepción de todos los juegos con la verdad que todavía son posibles.

Sin embargo, esta cuestión de los límites del discurso no puede ser separada de los límites de la experiencia. Los dispositivos de poder también son mecanismos de organización y sanción de los límites. En este caso de las fronteras de un cuerpo, que en la misma medida que introducen lo que debe ser el comportamiento, esbozan el territorio de una sublevación y un derrocamiento. Los poderes son fuerzas que recortan la subjetividad, delimitan nuestras formas de ser, hacer y pensar. No obstante, siempre encuentran resistencias que les obligan a reinventar sus estrategias y perfilar nuevas tácticas.

El pensamiento de Foucault jamás ha descrito la historia de un poder omnímodo y sin escapatoria. Su perspectiva sería más bien todo lo contrario: el relato de unos poderes que fracasan sucesivamente porque no logran cerrar esa línea de fuga que es la subjetividad. Ciertamente la imagen del panóptico, por ejemplo, ilustra la escena hiperbólica de la vigilancia pero también incluye la zona opaca en que el prisionero se convierte en el principio de su propio sometimiento. Por eso, aunque en *Surveiller et punir* se hable de la necesidad de oír el fragor de la batalla, Foucault finalmente modifica su lectura bélica del poder para introducir la noción de gobierno.

Gobernar equivaldría a una gestión de los límites que solamente resulta posible en un contexto en el cual el poder se ejerce sobre sujetos libres. Es la específica potencialidad política de los cuerpos, su flexible destreza para articular comportamientos inesperados, lo que explica una voluntad de administración de los individuos y las poblaciones. La libertad, entonces, converge con la superficie de lo impensado como la práctica que desequilibra los poderes y anuncia una experiencia que todavía no es la nuestra. La libertad consistiría en aquel movimiento recursivo que impide la naturalización del presente y posibilita el futuro.

Por lo tanto no se trata de un don ni de una realidad que esté garantizada de antemano. La libertad se corresponde con un trabajo sistemático que podemos realizar sobre nosotros mismos. Nos referimos a la actividad reflexiva que problematiza los límites que nos son asignados, que explora la posibilidad de su transgresión. El cuidado de sí sería un arte que dota de estilo a la libertad de la existencia.

Esto explica que Foucault afirme que debemos darle forma a una nuestra impaciencia de la libertad. Somos impacientes con la libertad porque la inventamos o la proclamamos precipitadamente, creemos que ella procede de la transformación de las instituciones o de la desaparición de las represiones. Nos falta la serenidad necesaria para apreciar que la libertad requiere que establezcamos una relación diferente con nosotros mismos. Es preciso modelar un ethos como espacio de impugnación de los valores y las ideas dominantes. Y ese objetivo exige una labor acuciosa, fina y microscópica de resistencia y de creación de nuevas formas de subjetividad.

Cuando nos planteamos la inquietante cuestión de cómo enfrentar a un dispositivo de poder tan sofisticado como el neoliberalismo, deberíamos preguntarnos al mismo tiempo por aquellas contra-conductas que somos capaces de incorporar en nuestras vidas. No importa que sean microfísicas o que estén situadas en el nivel de los detalles. Nadie ha dicho que la transmutación de los valores nietzscheana o la adulteración cínica de la moneda pertenezcan a una historia épica que haya que escribir.

Quizás en la específica capacidad de cada sujeto para introducir alguna novedad en la experiencia que hacemos del mundo, resida la verdadera revolución que extrañamos tanto. Una radical alteración de nuestros modos de vida que estaría hecha de retazos, es decir, de pequeños ejercicios de libertad en que cada uno de nosotros ha corrido algún tipo de riesgo. Creo

que Foucault pensaba esto y que su escritura estaba íntimamente ligada a esta apuesta.

Porque en último término escribir siempre ha sido resistir. Esta era la enseñanza del estoicismo que él recogió: una ascesis de la escritura que intentaba cuidar al sujeto frente a las inclemencias de la existencia, un procedimiento que endurecía el espíritu mediante la incorporación de los discursos verdaderos que nos enseña el otro o que aprendemos a través de la lectura. La escritura como el operador de una transformación en aquel que la práctica pero también en el lector que sabe aventurarse por su superficie desafiante.

Esto es lo que nos ha legado Foucault: una invitación a leer de otro modo para hacer posible otro modo de vida. Su escritura permanece entre nosotros como la biblioteca de babel de Borges, con sus múltiples anaqueles y sus interminables pasillos, con sus textos innumerables e inclasificables. Todavía hay muchos libros que no hemos ni siquiera abierto y que con total seguridad nos depararán muchas sorpresas.

Sin embargo, lo verdaderamente importante no reside en los ejemplares y volúmenes que se amontonan en las estanterías. Lo decisivo se encuentra en los movimientos que ejecuta el archivista. Fijaos cómo salta de una sala de lectura a otra, observad sus desplazamientos transversales a través de los libros, mirad como reinventa una y otra vez el orden de los textos. El archivista transforma la biblioteca a cada instante, no porque quiera perderse en ella sino porque sabe que ella es infinita.

Deleuze comenzaba su libro Foucault afirmando que “un nuevo archivista es nombrado en la ciudad” (DELEUZE, 1987, p. 27). Pero también se preguntaba si ha sido realmente nombrado o si actúa más bien según sus propias directrices, precisamente porque le vemos danzar entre los grises y polvorientos documentos, cambiándolo todo de lugar, reubicando sucesivamente lo que él mismo ha archivado.

En realidad, el nuevo archivista anuncia una nueva generación de lectores y junto con ellos el advenimiento de un nuevo tipo de filósofos – como decía Nietzsche – con gustos e inclinaciones particulares, filósofos del peligroso “quizá”. Tal vez en la biblioteca foucaultiana, como expresión material de un coraje inaudito con la escritura, esté comenzando una nueva era de la curiosidad.

Sobre o artigo

Recebido: 10/10/2016

Aceito: 20/11/2016

Referências bibliográficas

CHAR. R. **Fureur et Mystère**. Paris: Éditions Gallimard, 1962.

DELEUZE, G. Hender las cosas, hender las palabras. In: DELEUZE, G. **Conversaciones**. Valencia: Pre-Textos, 1995, p. 135-151.

DELEUZE, G. **Foucault**. Barcelona: Paidós, 1987.

FOUCAULT, M. Cómo nace un libro experiencia. In: TROMBADORI, D. **Conversaciones con Foucault**. Buenos Aires: Amorrortu, 2010, p. 41-53.

FOUCAULT, M. **La arqueología del saber**. México: Siglo XXI, 1970.

FOUCAULT, M. Questions à Michel Foucault sur la géographie. In: FOUCAULT, M. **Dits et écrits**, Vol. III. París: Gallimard, 1994a, p. 28-40.

FOUCAULT, M. Le philosophe masqué. In: FOUCAULT, M. **Dits et écrits**, Vol. IV. París: Gallimard, 1994b, p. 104-110.

FOUCAULT, M. **Historia de la sexualidad**, Vol. 2: El uso de los placeres. México: Siglo XXI, 1986.

GROS, F. Situación del curso. In: FOUCAULT, M. **La hermenéutica del sujeto**. Curso en el Collège de France (1981-1982). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 479-516.